

# Primer Premio Concurso Literario "Julio Cortázar".

ENTRE MÁS DE UNA VEINTENA DE PARTICIPANTES, LA T.P. M. SUSANA RODRIGO DE ARZENO SE HIZO ACREEDORA AL PRIMER PREMIO DEL CONCURSO LITERARIO "JULIO CORTÁZAR", CON SU CUENTO: "CARAGUATAY. (TAL VEZ VENGANZA DE AMOR...)", UNA OBRA INSPIRADA EN LAS LEYENDAS DE LOS MONTES YERBATEROS DEL ALTO PARANÁ.

A CONTINUACIÓN REPRODUCIMOS LA CREACIÓN DE NUESTRA COLEGA, PARA COMPARTIR LOS MÉRITOS DE SU TEXTO CON LOS LECTORES.

## Caraguatay

(Tal vez venganza de amor...)

- ¿Vio, compadre, que lo encontraron esta mañana los perros de Don Inácio?

- Si, compadre, para mí que fue ella, nomás.

- ¿Usted cree?

- ¡Ombó caraguatay<sup>1</sup>, che compadre!

*"Dios, acompañado por San Juan y San Pedro, bajó a la tierra y se puso a viajar. Un día, después de una jornada penosa, llegaron a casa de un viejito, padre de una hija joven y bella, a quien quería tanto que para que se conservara siempre inocente fue a vivir con ella y su mujer en medio de un bosque espeso, en donde aún no había penetrado hombre alguno.*

*El viejito era sumamente pobre; pero a pesar de eso, tratándose de forasteros, los hospedó lo mejor que pudo, y mató en su obsequio la única gallina que tenía y se la sirvió de cena."*

Nadie en Tucurú Pucú entendió por qué Anselmo decidió un día

irse a trabajar a los yerbatales de don Ignacio Antúnez. Estaba loco, irse a vivir a esas soledades. Y había tan poca ocasión de mejorar la vida en un yerbatal pobre y medio abandonado.

Se murmuraba en el lugar que el viejo don Ignacio se había ido al monte cuando la Deolinda -flor de su vejez- se había hecho moza y los paisanos la miraban con ganas. Desconfiaba de todos -¿cómo no iba a ser, si la Aurelia se le había escapado con uno de ellos! Desde entonces nunca bajaba al pueblo sino algunas veces a entregar la yerba, mala y escasa, y a comprar algunas provisiones.

Sin hacer caso de consejos ni murmuraciones, Anselmo preparó sus pocas pertenencias y partió. Después de mucho caminar llegó a la casa de Don Ignacio, un yerbatal pobre, una tapera quemada por el sol y unos cuzcos, que alertaron al dueño de su presencia.

Hacía días, la Deolinda venía



pensando que sería bueno que lloviera; si no, las plantas no le darían flores esta primavera. Como todos los años, volvía a insistir, porque le gustaba adornar la casa con las margaritas y perfumarla con los jazmines que tanto cuidaba.

Ya hacía seis años que vivía allí con su padre y nunca había vuelto al pueblo. Desde el principio, don Ignacio siempre encontraba alguna excusa para retenerla en la casa. Antes le molestaba, pero con el correr del tiempo se había ido acostumbrando.

El viejo bajaba al pueblo una vez al mes y le traía las pocas cosas que ella le encargaba. Por lo que contaba su padre, no había mucho por allá y a ella le parecía que con lo que tenía le alcanzaba -¡para qué necesitaba adornos en ese lugar a donde nunca llegaban visitas!

Así que cuando oyó el ladrido de los perros, pensó en el merodeo de alguno de los animales del monte que a veces se acercaban a la casa, aunque era raro que se animaran a esa hora y con ese sol.

No quería despertar al viejo, que dormía, y como el ladrido era tan insistente, corrió la cortina de la entrada y se asomó.

Lo vio espantando los perros a talerazos y volvió a cerrar la cortina. Las pocas veces que había llegado un extraño a las casas había sido el viejo quien lo recibiera.

Cuando don Ignacio salió, ya Anselmo estaba atando el caballo a una de las ramas, que apenas alcanzaban a proteger la casa de los rayos del sol de la siesta.

El viejo lo hizo entrar, "no se le puede negar hospedaje a un foras-

tero", decía siempre la Aurelia, pero mejor ni acordarse de ella.

Deolinda se quedó en el fondo. Sabía lo que haría su padre: ofrecería al hombre algo para tomar -que él mismo serviría para que no hablase con ella- y luego le pediría que siguiese su camino.

Por eso quedó perpleja cuando el viejo la llamó y le mandó ordenar el galponcito de las herramientas y armar allí un jergón.

*"Al ver esta acción, y cuando quedaron solos, Dios preguntó a San Pedro y San Juan qué harían ellos en su lugar, a lo que contestaron ambos que premiarían largamente al viejito.*

*Dios, entonces, lo hizo llamar, y le dijo estas palabras: "Tú que eres pobre has sido generoso; yo te premiaré por esto. Tú posees una hija que es pura e inocente y a quien quieres mucho; yo la haré inmortal, para que jamás desaparezca de la tierra."*

*Y Dios la transformó en la planta de la yerba mate, y desde entonces la yerba existe, y aunque se corte vuelve a brotar."*

El lugar era realmente inhóspito. Las horas de trabajo al sol no rendían los frutos necesarios para poder mejorar esa miseria. Pidiendo conchabo, Anselmo le había asegurado al viejo que trabajaría en el yerbatal hasta convertirlo en toda una plantación. Pero, por más que no descansaba en su trabajo, las bolsas de yerba seguían teniendo poco peso y a medida que pasaba el tiempo, empezaba a pesarle la otra promesa que le había hecho al vie-

jo el día de su llegada, a cambio del hospedaje: no debía acercarse a la Deolinda. El problema era que cada día ella le dedicaba más atenciones.

Los primeros días con Anselmo habían sido difíciles. No entendía por qué esa insistencia en querer modificar la casa ni por qué su padre había aceptado a este hombre sin darle ninguna explicación. También le molestaba que no la dejaran participar en el trabajo de mina<sup>2</sup> y la aburría tener que quedarse en la casa. Como si fuera poco, ahora el padre constantemente espiaba sus movimientos y la mandaba pa' dentro mientras Anselmo se lavaba al volver del yerbatal, recio y distante.

Quería saber qué era lo que estaba pasando en la plantación, así que se acostumbró a vigilar el sueño de su padre y cuando la respiración tranquila le decía que se había dormido, pretextando unos mates se iba a los yerbatales a ver al Anselmo. Cada día, desde que empezara a notar el brillo de la transpiración sobre ese torso castigado por el sol, sentía la necesidad de ir perfumada a su encuentro y para eso se frotaba el cuello con las flores del jazmín, que finalmente había brotado.

*"Pero los mineros<sup>3</sup> dicen que en vez de transformarla en yerba, la hizo Dueña de la Yerba, y que existe aún en los yerbatales, ayudando a los que hacen pacto con ella.*

*El minero que quiere hacer pacto con la Caá-Yarí, princesa de la yerba, espera la Semana Santa, y si está cerca de un pueblo entra en la iglesia y promete formalmente que vivirá siempre en los montes,*

se amigará con ella, jurando al mismo tiempo no tener trato alguno con otra mujer.

Hecho este voto, se encamina al monte, depositando en una mata de yerba un papel con su nombre y la hora en que volverá para encontrarse con ella.

El día de la cita, el minero debe tener gran presencia de ánimo, pues la Caá-Yarí, para probar su valor, antes de presentarse lanza sobre él víboras, sapos, fieras y otros animales propios del monte, sin otro objeto que el de probarlo.

En recompensa a su serenidad, se aparece la Caá-Yarí, joven, hermosa y rubia. Entonces el minero renueva sus juramentos de fidelidad..."

Fue para Semana Santa la primera vez que Anselmo le dijo a Don Ignacio que se iba a ir al pueblo por unos días, a resolver algunos asuntos.

Volvió taciturno como siempre. No hizo comentarios y reinició el trabajo con igual empeño. En cambio, las atenciones de la Deolinda aumentaban día a día. Y aunque sabía que debía ignorarla, que le estaba prohibida, y su decisión era fuerte, se le hacía difícil hacerse el desentendido.

Aquellos días en los que Anselmo estuvo ausente sirvieron para que Deolinda comprendiera que ya no podía estar sin él. No tuvo calma hasta que oyó los perros, que esta vez le ladraban de puro amigos.

Su decepción no tuvo límites. Pensaba que la habría extrañado como ella a él, que quizás hasta la besaría, pero Anselmo volvió distinto. Ni siquiera se fijó en el vesti-

do nuevo que había cosido durante su ausencia. Y casi ni la miraba cuando le alcanzaba los mates, cebados con cáscara de naranja, como a él le gustaban.

Una siesta Anselmo hasta se animó a pedirle que no fuera a cebarle. ¡Que había viento de víboras, le dijo como excusa! Ella se quedó mascando rabia hasta que lo vio venir apretándose la muñeca con la señal inequívoca de la picadura en la palma de la mano.

Pese a que él trató de alejarla, ella se abalanzó y chupó con fuerza la sangre. Sacó dos brasas del rescoldo y se las aplicó en la picadura, como sabía que se hacía para evitar que el veneno subiera. Con las manos le fue secando la transpiración hasta que el gesto se convirtió en caricia. A pesar de todos los esfuerzos de la moza, Anselmo se mantenía incólume. Pero con esto no conseguiría apartarla.

"... y desde aquel día, cuando va a cortar yerba, cae en dulce sueño, durante el cual la Caá-Yarí le prepara el rairo<sup>4</sup> con dieciocho a veinte arrobas de peso, acompañándole al despertar y ayudándole a sostenerlo por detrás, hasta llegar a la balanza. Como la Caá-Yarí es invisible para todos, menos para él, se sube sobre el rairo, aumentando así su peso al entregarlo. De esta manera la ganancia del minero es mayor, pues trabaja a tanto la arroba. Inútil es decir que el que tiene pacto con la Caá-Yarí debe guardar el más profundo secreto."

En Tucurú Pucú no salían de su sorpresa al ver cómo el Anselmo



había conseguido en tan poco tiempo mejorar el yerbatal de don Ignacio. Bajaba al pueblo con mucha frecuencia con unas bolsas de yerba tan abultadas que nadie entendía cómo podía cargarlas él solo.

El peso que indicaba la balanza marcaba el mejor rendimiento de la región. Anselmo volvía a la plantación con los bolsillos llenos de plata. Con lo logrado se había ganado la confianza de don Ignacio, que ya lo trataba como a un hijo. Tan seguro estaba de su fortuna que ni siquiera prestaba atención a las recomendaciones que le hacían de no hacer ese viaje solo. Es peligroso, Anselmo, dejá que te acompañe. Pero no, él confiaba en su buena suerte. Nada le ocurriría, conocía tan bien el lugar.

Pasaban los días y Deolinda languidecía en su ansiedad por alcanzar el amor del Anselmo. Todos sus intentos de acercarse a él resultaban en vano, era inmovible.

Por eso, cada ida al pueblo le

traía una nueva angustia. Temía que tal vez allí estuviera el motivo de su rechazo.

Decidió ir a visitar a Ña Juana para que le preparase algún payé<sup>5</sup>. Traígame unas plumas de caburé, m'hijita y le voy a preparar uno que no falla. La vieja juntó las plumas con un poco de bermellón y le indicó que lo llevara siempre consigo, que no falla nunca, que el hombre se rinde.

Cuando despertó aquella mañana, Deolinda recordó las palabras de Ña Juana y se sintió agradecida y confiada. Gracias al payé el Anselmo sería suyo. Pero si no, antes que de otra, lo prefería muerto...

Lo esperó con aquellos sus mates melindrosos en el tronco que usaban de asiento en el patio. Tómese un matecito, Anselmo, antes de ir pa'l yerbatal. Lo preparé como a usted le gusta.

Era difícil rechazarlo. Se sentó y durante largos minutos se dejó bendecir por los mates traicioneros,

mientras su pensamiento luchaba contra el ignorado payé. Finalmente, partió.

A la hora se fue también la Deolinda, nadie supo a dónde, sólo que regresó otra hora más tarde, con una expresión extraña en la cara.

Poco tiempo después, se escuchó el aullido de los perros de Don Ignacio en el yerbatal. Habían encontrado al Anselmo, inmóvil, cara al cielo.

*"Pero, ¡pobre del minero que le sea infiel con otra mujer! La Caá-Yarí despechada, no perdona, mata.*

*Y cuando algún minero guapo muere en los yerbales de cualquier enfermedad, si él ha sido de carácter taciturno, los compañeros se susurran al oído: Traicionó a la Caá-Yarí. La Caá-Yarí se ha vengado."*

-Ombó caraguatay, entonces, che compadre. Habrá tenido trato... -lo dijo apenas en un susurro, temiendo nombrarla.

-No sé, compadre. Quizás...

#### Bibliografía de la leyenda

AMBROSETTI, Juan B., El diablo indígena. Supersticiones y leyendas en la Argentina - Editorial Convergencia, Buenos Aires, 1976.

<sup>1</sup>**Caraguatay:** Veneno que se emplea en las venganzas por cuestiones sexuales. **Ombó caraguatay:** "Le han aplicado el caraguatay".

<sup>2</sup>**Trabajo de Mina:** Nombre con que se designa a la operación de desgajar las plantas de yerba mate.

<sup>3</sup>**Minero:** Término yerbatero que sirve para indicar a los peones que van directamente al monte a desgajar las plantas de yerba mate.

<sup>4</sup>**Rairo:** Término yerbatero que sirve para indicar el paquete de hojas de yerba colocadas en una especie de red de cuero de forma cuadrada, y que el minero lleva a la espalda, sujetandola con dos asas debajo de los brazos. Generalmente, pesa de ocho a diez arrobas, o sea, entre ochenta y cien kilos.

<sup>5</sup>**Payé:** Amuleto.